

EDELWEISS PACCIOTTI DE GONZALEZ

Universidad Nacional de Colombia

LA PERSONALIDAD DE MAQUIAVELO

Puede considerarse un problema todavía abierto la interpretación de la personalidad y obra de Maquiavelo, tema siempre tan debatido y difícil de penetrar.

El primer escollo podría ser la aparente contradicción entre sus dos obras fundamentales: "El Príncipe" y los "Discursos sobre la primera década de Tito Livio", tanto que se ha podido llegar, acerca de su pensamiento político, a conclusiones del todo opuestas: para algunos es el maestro de los tiranos, a la vez que para los demás es el defensor de los valores democráticos.

La solución de este problema y la respuesta a los varios interrogantes que de él surgen, la encontramos en el análisis atento de toda su obra, que es muy extensa; especialmente de su epistolario, extremadamente revelador por lo que a su personalidad y a su pensamiento se refiere.

Junto con el escritor de cosas de gobierno, del teorizante, del agudo observador de la psicología humana, del creador, del artista, nos saldrán al encuentro aspectos más íntimos y menos conocidos de un Maquiavelo como padre, como esposo, como amigo. Un ser humano que ha luchado con todas las necesidades comunes de la vida: la pobreza, la insatisfacción, el sentimiento de abandono, la incompreensión. Pero todo

esto afrontado y superado por él con firmeza de ánimo y con su eterna sonrisa burlona, revelando en todo momento rasgos de inconfundible grandeza.

Se encontraba Maquiavelo en Roma como enviado de la República Florentina ante el Vaticano, en el año de 1503, con ocasión del conclave del cual salió elegido el Papa Julio II, cuando recibe una carta muy cariñosa de su esposa, Monna Marietta Corsini, que le da la noticia del nacimiento del primer varón, Bernardo. A la sazón Maquiavelo tenía unos treinta y cuatro años. La carta autógrafa, que se conserva en la Biblioteca Laurenciana de Florencia, dice así:

“Se parece a vos: es blanco como la nieve, pero tiene la cabeza que parece terciopelo negro, y es velludo como vos y desde que os parezca, se me hace hermoso; abrió los ojos cuando no había terminado de nacer e hizo un gran vochinche que llenó toda la casa”/1/.

En la misma carta la señora, expresándose con varios errores de ortografía, recomienda a su esposo regresar lo más pronto a Florencia, pues él sabe de antemano lo inconforme que ella se siente por su ausencia.

Del texto de esta primorosa carta podemos reconstruir, mucho mejor que de los mismos retratos que de él se conservan en varios museos de Florencia y que nos resultan todos diferentes, los rasgos más significativos del rostro de Maquiavelo: tez pálida, ojos muy negros y los cabellos también de un negro azabache.

Este es el Maquiavelo en su época de plena juventud. De la citada carta, deducimos también algo más precioso y profundo: el cariño de su esposa, inconfundible prueba de una respuesta afectiva al sentimiento de Maquiavelo por su mujer, cariño y fe que él supo merecer de ella a lo largo de toda su vida.

Sin embargo Maquiavelo no fue un marido intachable: o —para precisar un poco más— él no perteneció al número, por cierto no muy grande, de los maridos intachables.

Como material de donde podemos saber qué pensaba Maquiavelo de la condición o profesión de marido o cómo su “vis cómica” envolvía ciertos aspectos de esa esfera de la vida, señalamos una obrita suya quizá muy poco conocida. Es un cuento de género jocoso, todo un fresco cuadro costumbrista, que tiene por título “Belfagor” y trata de un ex-diablo, convertido en hombre, Belfagor, que prefiere volver al infierno más bien que permanecer en la tierra al lado de la mujer, —una

niña floretina—, desde luego— con la que ha tenido la desventura de casarse.

Agregamos en seguida que no solamente en esta producción Maquiavelo manifiesta su posición de misógino; pero en sus enunciados de que la mujer es responsable de muchos males en la historia o algo parecido, podemos coger más bien una implícita afirmación de que la mujer descuella en su corazón y en su fantasía.

Como amigo, sin duda alguna, Maquiavelo era muy agradable; nos basamos de nuevo en la colección de las cartas familiares, que incluye la correspondencia escrita y recibida por él. Vemos que los compañeros de oficina gozaban de lo lindo leyendo lo que Maquiavelo les escribía, cuando se encontraba fuera de Florencia, en misión que hoy llamaríamos diplomática. He aquí lo que le escribe uno de ellos:

“Vuestras cartas a Biagio/2/ y a los otros son muy gratas y las bromas y gracejos que empleais en ellas nos hacen reir a carcajadas, proporcionándonos mucho placer”/3/.

A este punto habrá que disciplinar un poco las noticias que tenemos para trazar brevemente un bosquejo de la vida de Nicolás Maquiavelo.

Los documentos a que hemos aludido son de cuando él es ya un hombre adulto, con un puesto de importancia en el estado de Florencia, con su núcleo familiar ya formado y sus amigos que lo aprecian. Pero cómo había llegado ese momento? Cómo se desarrollará después el resto de su existencia?

Vemos la vida del gran Florentino como dividida idealmente en tres etapas:

La primera, que llega hasta su edad de 29 años; el período de formación, preparación e ingreso a la vida pública.

La segunda, desde los 29 hasta los 43 años; época en que tuvo el cargo de Secretario de la ciudad - estado de Florencia; esta es la época feliz.

La tercera, desde los 43 hasta los 58 años, cuando lo alcanzó la muerte. Este es el período en que, habiendo caído en desgracia por un cambio de gobierno, quedó separado de la vida activa de la política. Es la época triste, la que él mismo ha definido en tres palabras tan conmovidas y conmovedoras, palabras que escribió en latín, de su puño, sobre un manuscrito suyo que todavía se conserva: “Post res perditas”, después de haberlo perdido todo”.

Muy poco sabemos de la primera parte de la vida de Maquiavelo, es decir de su niñez, de su adolescencia, de sus estudios. Ni siquiera sabemos cómo y cuándo tuvo la revelación de sí mismo, de su vocación por las cosas de gobierno y de política; vocación que más tarde él —hablando de sí— sabrá precisar muy bien. En una carta suya a su amigo Francesco Vettori del 9 de abril de 1513 dice así: “La suerte dispuso que no sabiendo yo discurrir ni sobre el arte de la seda, ni sobre el arte de la lana, ni sobre las ganancias y pérdidas, me es preciso discurrir sobre el Estado”/4/.

Maquiavelo había nacido en el año de 1469 de familia guelfa, sin muchos recursos económicos. El padre Bernardo (es de notar que él puso a su primer hijo el mismo nombre del padre) era un jurisconsulto; hombre letrado y humanista activo en la vida cultural de la Florencia de Lorenzo el Magnífico. La madre de Maquiavelo también fue una mujer ilustrada y parece haber sido autora de unas líricas sacras.

No faltaban libros en la biblioteca de la casa. Desde el hogar, entonces, le venía a Nicolás cierta preparación jurídica que se percibe en su rigor lógico como escritor de asuntos del Estado, como también el amor emocionadísimo por la cultura. No tenemos una indicación precisa de cuáles estudios haya cursado, pero que tuviera una preparación humanística muy sólida se desprende de sus actuaciones y de sus producciones.

Ese ambiente renacentista florentino, en los años en que Florencia puede considerarse en el sentido cultural, la capital del mundo, fue la atmósfera en que Maquiavelo se alimentó y creció.

Pero, junto a los certámenes incomparables de gracia, de arte, de poesía, en que intervinieron tantos hombres ilustres de la época, la Florencia renacentista en que Maquiavelo se levantó era también la de las tremendas conjuraciones, como la de la familia Pazzi (1478) contra los Médicis y de las violentas venganzas. (El describe con pormenores ese trágico acontecimiento en las “Historias Florentinas”)/5/.

Al instalarse la República de Florencia, habiendo la ciudad decidido liberarse del dominio de los Médicis, de golpe Maquiavelo sale —por decirlo así— de la sombra y lo encontramos con un cargo importante en Palacio (o sea “Palazzo Vecchio”, sede del gobierno de Florencia). Hemos llegado al año de 1498. Estamos al inicio de la segunda etapa de su vida, teniendo él —como dijimos— la edad de 29 años.

Cuáles eran sus funciones?

Era secretario de la segunda Cancillería, con atribuciones muy amplias sobre varios asuntos internos que se extendían hasta la esfera militar; era muy ponderado en el ambiente de trabajo, tanto por sus colegas como por la opinión en general. Esto hizo que se le confiaran en varias ocasiones misiones de tipo diplomático muy delicadas, para defender los intereses de Florencia ante los varios potentados de Italia y de Europa: ante el Duque César Borgia dos veces; ante el rey de Francia cuatro veces; ante la corte papal dos veces y ante el Emperador Maximiliano. Catorce años consecutivos, y algo más, debía permanecer Maquiavelo en la mencionada posición.

En efecto, por una serie de circunstancias que no es nuestra intención analizar ahora, el estado de Florencia veía caer el régimen republicano y volvía a quedar bajo la dominación más o menos absolutista de la familia Médicis. Esto sucedía en el año de 1512.

Se abre entonces el tercer período de la vida de Maquiavelo. Es retirado de su cargo, muy a pesar suyo, pues la vida de Palacio y el manejo de las cosas de gobierno se habían convertido en su misma existencia. Es acosado por las condiciones económicas muy precarias, insuficientes para sostener la familia, ya muy numerosa.

Además a comienzos del año siguiente, en 1513, fue acusado de estar implicado en una conjuración que tuvo lugar contra el recién instalado Príncipe Julián de Piero de Médicis. Maquiavelo fue detenido y en la prisión sufrió la tortura.

De esto nos habla él, también en sus cartas; nos dice que la firmeza con que superó esa prueba le aumentó el concepto que tenía de sí mismo; pero no dejó de ser un momento de turbación profunda/6/.

Así empieza otra carta suya de esos días escrita a un amigo embajador de Florencia ante la Santa Sede, Francesco Vettori, de quien había recibido una negativa sobre una supuesta y deseada posibilidad de trabajo, en la corte papal de Roma.

“Vuestra carta me ha dejado más anonadado que la tortura...”/7/.

Afortunadamente la prisión no duró sino pocos días para Maquiavelo quien fue declarado inocente y dejado en libertad.

Pero a raíz de esas persecuciones se retira al campo, a S. Andrea in Percussina, población cercana a Florencia; se instala en una pequeña finca que su padre le había dejado.

Ese sitio, donde todavía se puede ver la sencilla y rústica casa de campo de Maquiavelo, hoy convertida en Museo, queda a lo largo de la antigua vía romana, justamente en el camino real que va de Florencia a Roma, hacia el sur, y se encuentra en una parte elevada; en la cumbre de unas colinas que dominan de un lado y de otro dos valles, muy bien cultivados y muy dulces, como siempre lo son los de la campiña toscana, y como aparecen en los cuadros de sus grandes pintores. La misma Florencia no podemos imaginarla sin su marco de colinas.

En ese ambiente tan apacible, Maquiavelo por una parte se replegaba sobre sí mismo, para escuchar su voz interior; pero, por la otra languidecía miserablemente en el ocio forzado.

De lejos veía a Florencia esfumarse en las brumas azulosas con sus campanarios, sus cúpulas y sus torres, todo un mundo. Y tan solo allá estaba la vida. En el campo, segregado de las actividades políticas, era para Maquiavelo como morir sin morir.

Se ha dicho de Dante, el otro gran florentino, que si no hubiera tenido en su vida la gran desgracia de ser exilado de su ciudad, tal vez no habría producido su inmortal "Divina Comedia". Igualmente Maquiavelo —dicen algunos— si no hubiera sufrido el destierro político, tampoco habría consignado a la posteridad sus grandes obras, que en su mayoría son de esta época:

"El Príncipe", "Los Discursos", "El arte de la guerra", "La vida de Castruccio", "Las historias florentinas"; éstas con otras menores, que escribió desde 1520 a 1525, por encargo del Estudio Florentino, —así entonces se llamaba la Universidad de Florencia—, son el grupo de las obras histórico-políticas. Luego hay otro bloque de producciones, las de tipo literario: "Belfagor", que ya nombramos, muchas composiciones poéticas y dramáticas entre las cuales descuella "La Mandrágola" que muchos consideran la obra maestra del teatro italiano de todos los tiempos.

Sea como fuere, en este tercer período de su vida Maquiavelo quedó definitivamente relegado de la política activa, salvo unos encargos de importancia secundaria. Mientras tanto los tiempos se hacían siempre más difíciles.

Las esperanzas de Maquiavelo se habían desvanecido todas; no solo las de volver al escenario político, sino y sobre todo sus aspiraciones acerca de Italia.

Había hecho un llamamiento a un Príncipe, que con su mano fuerte y valerosa se propusiera constituir un estado unitario, que libertara a la "provincia italiana" de la situación tan precaria en que vivía y la salvara de las supercherías de los ejércitos extranjeros.

Su grito de reivindicación, que está consignado en el último capítulo del "Príncipe", no era más que una voz en el desierto; la ruina general que Maquiavelo pregonara se estaba actuando. En 1527 la misma ciudad de Roma sufre un lamentable saqueo por parte del ejército de los lasquenets, al servicio de Carlos V, en su marcha contra el papa Clemente VII. Días de extremada angustia estaba viviendo también Florencia. Como repercusión de la derrota del Pontífice hay de nuevo un cambio en el gobierno de Florencia; los Médicis, amigos del Papa, son expulsados otra vez y se restablece la república florentina. Pero Maquiavelo no es reintegrado a su cargo de secretario; el 10 de junio es nombrado para ese cargo otro ciudadano: Francesco Tarugi.

Nuestro hombre había siempre sabido encararse al destino, según su propia expresión que repite varias veces en sus escritos; había resistido siempre a todos los golpes con una fortaleza de ánimo sin par. Esta vez el dolor era demasiado hondo. El 20 de junio se enferma y el 22 muere.

Se conserva una carta de uno de los hijos de Maquiavelo, Piero, quien anuncia en la misma fecha, 22 de junio de 1527, la muerte de su padre a un pariente.

Dice el hijo: "No puedo retener las lágrimas teniendo que referir cómo ha muerto el día 22 de este mes Nicolás nuestro padre... Confesó sus pecados a Fray Mateo, quien lo ha acompañado hasta el momento de la muerte. Nuestro padre nos ha dejado en extremada pobreza, como sabeis..." /8/.

Así, a la edad de 58 años Maquiavelo deja de existir, casi en forma accidental, en pleno vigor todavía, sin haber tenido presentimiento alguno de la muerte prematura. Una vida muy intensa, sentimientos muy profundos, un goce continuo en la observación de todo y de todos; una inteligencia agudísima y un corazón muy grande. Meditación y gravedad por una parte; amor a las alegres compañías, por otra, practicidad —sentido de lo útil— y luego visiones, esperanzas, sueños. Científico del arte de gobierno que lleva hasta las más estrictas consecuencias un postulado que le sugiere su raciocinio y a poca distancia de éste, un poeta y un cálido abanderado de los destinos de Italia.

Cómo se concilia todo esto?

Y bien. Podríamos afirmar que la Musa de Maquiavelo es la variedad, en la que conscientemente se complacía, según lo explica él mismo. Su argumento es el siguiente: la naturaleza es variada, imitar en este aspecto la naturaleza no debe ser objeto de reproche, sino de alabanza.

La gran riqueza y vitalidad de su espíritu lo llevaban a buscar las más diferentes y diversificadas formas para realizarse, (lo vimos al nombrar sus obras) de tal manera que una manifestación suya no se puede comprender plenamente si la consideramos aislada, sino en un cotejo continuo con todo el marco de su vida, su obra y su tiempo.

Detengámonos un momento en el famoso y mal afamado "Príncipe". Cómo, cuándo y por qué Maquiavelo lo escribió? Qué pretendió él hacer con ese librito de 80 páginas y cómo se debe juzgar? Cuál faceta de ese polifacético hombre y autor se descubre en este tratado de la psicología del mando?

En el exilio político y a la vez retiro espiritual Maquiavelo se dedica a escribir, como ya señalamos; él mismo nos cuenta en una carta dirigida a su amigo Vettori/9/, cómo pasaba los días en el campo.

Se levantaba temprano, daba una vuelta por el bosque, hablaba con los leñadores, se sentaba un rato a leer; luego se iba a la tienda que era a la vez fonda; le gustaba hablar con los viajeros que estaban de paso, para preguntarles noticias de las tierras de donde venían.

La fonda también era el lugar de reunión con los amigos que podía tener en el campo; el hostelero mismo, un carnicero, un molinero y dos trabajadores más; la partida de naipes era de rigor y tampoco faltaban a veces las peleas y los gritos por un centavo.

"Llegada la noche —dice textualmente— vuelvo a mi casa y entro en mi estudio; en el umbral me despojo del vestido que llevo para diario, lleno de fango y de lodo y me pongo paños reales y curiales y ataviado decentemente entro en las antiguas cortes de los antiguos hombres, donde, amorosamente recibido por ellos, me nutro de aquel alimento que sólo es mío y yo nací para él; ... y durante cuatro horas no siento incomodidad alguna; olvido toda congoja, no temo la pobreza, no me espanta la muerte. Me transfiero todo en ellos".

A continuación informa al amigo que como fruto de esas meditaciones, ha compuesto un opúsculo que tiene por título "De principatibus" (que después se difundió y se conoció como "El

Príncipe"); todos los títulos, pero tan solo los títulos del tratado están en latín, pues Maquiavelo como hombre del Renacimiento, dominaba profundamente el latín. Luego menciona a quien lo dedica, a Julián de Piero dei Médicis, que a la sazón regía a Florencia.

Más adelante Maquiavelo agrega que tiene deseo que los señores Médicis comiencen a ocuparlo, aun cuando le asignaran el oficio de darle vuelta a un guijarro; ellos se darán cuenta de que 15 años/10/ que él ha dedicado al estudio del *arte del estado*,/11/ no los ha ni dormido ni jugado.

Termina finalmente diciendo que no hay mejor testigo de su lealtad y buenos servicios que su pobreza.

La fecha de la carta es de diciembre 10 de 1513. Este era el ambiente en que Maquiavelo compuso "El Príncipe"; lo había comenzado en julio de ese mismo año y en diciembre, según acabamos de ver, lo terminó.

No está dentro de la tarea que me propongo, hacer ahora un análisis de las tesis y problemas que plantea Maquiavelo en el pretendido breviarío para un dictador.

Tan solo quisiera dejar en claro unos puntos que podrían ayudar para la tan deseada y nunca plenamente lograda comprensión de ese texto.

Antes de empezar a escribir "El Príncipe" Maquiavelo ya había adelantado una parte de los "Discursos" (o sea los comentarios a la historia de Roma de Tito Livio), la otra obra gemela de argumento político, pero que tiene por objeto esencial, no los principados, sino las repúblicas y donde sin duda sentimos un planteamiento más amplio y más pausado de los valores eternos del espíritu. Por eso algunos opinan que es aquí donde Maquiavelo entrega su verdadera confesión.

La misma fuerza, y energía; esa necesidad imprescindible de decir y escribir que lo había obligado a interrumpir la composición de los "Discursos" y producir de urgencia, en un plazo muy corto, "El Príncipe", esa misma excitación la encontramos en otras cartas de Maquiavelo a su amigo y compadre Vettori, escritas entre junio y agosto del mismo año de 1513, coincidiendo entonces con la génesis de "El Príncipe".

Veamos de ellas, dos apartes muy significativos. Después de haber hecho un análisis político de Italia nuestro autor dice en una: "En cuanto a la unión de los otros italianos, vos me hacéis reír; ante todo, porque no habrá nunca unión alguna para bien alguno..."/12/.

Luego en otra carta dice: "y porque esto me espanta, yo quisiera encontrar un remedio y si Francia no es suficiente, yo no veo otro recurso y quiero comenzar ahora a llorar con vos sobre la ruina y servidumbre nuestras, cosas que pueden no acontecer hoy o mañana, pero que sí se verán durante el curso de nuestra vida; e Italia tendrá esta obligación con el Papa Julio y con los que no le ponen remedio, siendo que todavía en este momento sí hay remedio"/13/.

En los capítulos 17 y 18 del primer libro de los "Discursos", Maquiavelo enuncia que con mucha dificultad un pueblo corrompido puede mantenerse libre; y que por lo tanto a una ciudad o estado en esas condiciones le conviene más un régimen monárquico que democrático.

Volviendo la mirada a las ciudades-estado de la Italia de su tiempo, ha considerado que aquellos miembros están todos corrompidos y piensa que tan solo un hombre excepcional y valeroso podría resucitar aquellos miembros en proceso de putrefacción o ruina.

Y concibe "El Príncipe", como un conjunto de medidas de emergencia. Otra parte de los "Discursos" que arroja luz a "El Príncipe" es el capítulo 41 del Libro tercero.

El párrafo que queremos destacar dice así:

"Donde se pone en juego la salvación de la patria, no debe haber consideración alguna ni de justo, ni de injusto; ni de piadoso, ni de cruel; ni de laudable, ni de vituperable. Antes bien, dejando de un lado cualquier otro miramiento hay que seguir en todo aquella determinación que le salve la vida y la mantenga libre".

Aquí, evidentemente, está la indicación del camino por el cual los principios de la acción pública se apartan de los de la moral privada, siendo la patria la suprema ley.

Con este criterio integrativo hay que mirar las dos obras fundamentales de Maquiavelo, según la crítica más reciente (Ercole, Meinecke, Russo, Chabot, Ridolfi)/14/, que está concorde en afirmar que no hay discrepancias esenciales entre las dos obras en cuestión, como se había creído en otros tiempos. Antes, ellas revelan una profunda unidad, pues ambas se desarrollan alrededor del concepto de la virtud, o sea del valor. En "El Príncipe" es el valor de una sola persona, ya único remedio para salvar la suerte de Italia.

En cambio, en los "Discursos" el tema es el valor del pueblo, el cual, sabiendo respetar las leyes, vive libre.

Desde luego, el pueblo llena de sí el contenido de los "Discursos", hasta el punto de que Maquiavelo ve la lucha de clase en la historia de Roma, entre patricios y plebeyos, como la fuente de la grandeza romana, pues en la equitativa participación en el gobierno de los varios estamentos, él encontraba la clave de la estabilidad de la República romana.

Alguien dijera que, en el tratado "El Príncipe", el pueblo, en el sentido que le damos hoy a la palabra, no es tomado en cuenta.

Pero tampoco esto es correcto.

En el capítulo noveno Maquiavelo trata del principado civil, o sea contempla la posibilidad de que un ciudadano particular llegue al poder, no con la violencia, sino con el favor de sus conciudadanos (por medio de una "astucia afortunada", según la expresión del propio autor).

Este principado —dice— se alcanza o por el favor del pueblo o por el favor de los magnates.

Luego observa que en cada ciudad (entiéndase: sociedad humana políticamente constituida; pues, en la Italia de entonces una ciudad podía ser una unidad política) se encuentran dos tendencias (al pié de la letra dice: "dos humores") que se originan en esto: por una parte el pueblo desea no sufrir imposiciones, ni ser oprimido por los magnates y por otra parte, los magnates desean mandar y oprimir al pueblo.

Y más adelante: "Además, las aspiraciones de los nobles sólo se satisfacen causando daño a alguien, y las del pueblo no exigen ofensa a nadie; siendo los propósitos del pueblo más honrados que los de la nobleza, porque ésta quiere oprimir y aquel no ser oprimido".

El más famoso capítulo de "El Príncipe", el más tristemente famoso, es el décimo octavo, al que definitivamente Maquiavelo quedó crucificado para siempre.

Para comprenderlo a fondo, además de la referencia a otros párrafos de los "Discursos", en que sin embargo ahora no insistiremos, hay que tener en cuenta un elemento de tipo lingüístico, aquí, como en toda la obra de Maquiavelo, que remonta a una época de hace casi cinco siglos.

El mencionado capítulo de "El Príncipe" es sobre el tema: "De qué modo deben guardar los príncipes la fe prometida".

La palabra “fe”, tanto en italiano (*fede*) como en español, envuelve toda una esfera del alma humana, quizá la más íntima, la más cálida, a lo que Maquiavelo en cambio no piensa referirse.

El usa las expresiones: “fe prometida” y “lealtad” esencialmente en el sentido de observancia de los tratados de paz y acuerdos entre estados, cosas a que en realidad el autor hace referencia muy claramente en el desarrollo del mismo capítulo, donde también afirma que en un determinado momento es más útil para el “príncipe” no atenerse a los tratados, cuando éstos ya no le sirven, porque las causas o motivos que determinaron dichos convenios ya no existen. Pues entonces Maquiavelo se mueve, en este famoso capítulo, en un campo que hoy llamaríamos de política internacional, donde hay, sin duda, una proyección diferente de ciertas posiciones, sin que quede invalidada la moral tradicional, en ningún momento.

Después de una lógica tan contundente y por momentos implacable, a la que corresponde una prosa toda nervio y economicidad al máximo, donde todo es a base de razón, Maquiavelo hacia el final de su tratado “El Príncipe” cambia gradualmente de tono, hasta que en el último capítulo, que debe ser la conclusión de toda la obra, da rienda suelta a su sentimiento y toma también todo otro estilo, imaginativo, emocionado, palpitante.

Es una verdadera invocación, una proclama o —para usar la propia expresión de Gramsci— un manifiesto de partido. Con el mismo estado de ánimo que hemos encontrado en las cartas de esa época antes analizadas, el autor no encuentra otros términos para dirigirse a un redentor que tendría que unificar a Italia, sino asegurándole de antemano que todos los seguirían con devoción en ese propósito y en ese programa de una Italia unida, independiente y respetada, la suprema aspiración de Maquiavelo.

En general la crítica extranjera, representada por ilustres historiadores y pensadores no italianos, se resiste en reconocer ciertos valores del último capítulo de “El Príncipe”. Pues lo encuentra incoherente y casi no lo toma en serio.

Meinecke adelantó la hipótesis de que Maquiavelo escribió y agregó mucho después la segunda parte del tratado, desde el capítulo XII hasta el final; igualmente el escritor francés Edmond Barincou en su agradable libro “Machiavel par lui même”, considera el último capítulo una especie de hors-d'oeuvre o, en este caso, de sobremesa.

A propósito de la tesis de Meinecke, quien por otra parte ha contribuido como pocos a la comprensión del pensamiento de Maquiavelo, podemos informar que está plenamente demostrado que todo "El Príncipe" fue escrito en el breve plazo a que aludimos, y que su autor no volvió a hacerle revisión alguna.

Sin embargo hay que reconocer que la irrefutable presencia del ideal patriótico no es toda la explicación de "El Príncipe".

Los distintos motivos que existen en la personalidad de Maquiavelo la cual nos aparece más bien como la resultante de varias personalidades, esos motivos se reflejan también en su obra mayor.

Sin duda alguna, es evidente en ella también un interés personal del autor de mostrar sus habilidades al monarca, al que estaba dirigida la dedicatoria, y así volver al mundo de la política activa.

Naturalmente se trataba de sus habilidades en el Arte del Estado.

Maquiavelo, como vimos en el texto de una carta, dio ese nombre a la ciencia por él fundada, la que nosotros llamamos ciencia política; pues Florencia, la ciudad de las Artes por excelencia, entendiendo "arte" en toda la extensión de la palabra, carecía hasta entonces de esa agremiación y disciplina.

Tal vez aparezca algo desconcertante; pero cuando se trata de la técnica de gobierno o de mando, él deja a un lado todas sus otras vivencias. Casi no se pertenece. Se despoja hasta de sus ideales políticos, que sabemos muy claramente democráticos. Por lo que respecta su Arte del Estado, Maquiavelo no es partidario de nadie. No es más sino un técnico puro. Es como si se tratara de un matemático o de un físico delante de un problema para resolver. La base son los datos y cualesquiera que sean los datos de partida, he aquí la solución.

Este fenómeno explica claramente un episodio de la vida de Maquiavelo: el hecho de haber ofrecido sus servicios a los Médicis, al igual que los había prestado a la República Florentina, sin temor a que se le acusara de incoherencia política.

Es inútil insistir sobre ese aspecto de Maquiavelo, como fundador de la ciencia política, pues conocemos de sobra su proceder, cuando hace un corte fenomenológico de "las cosas como son y no como deberían ser". Pero tal vez no se ha puesto suficientemente en evidencia lo siguiente: el hecho de que Maquiavelo haya descubierto que la política tiene sus leyes, a las que sería una ilusión oponerse, no impide que él mismo se asombre de su propio descubrimiento.

A veces lo sorprendemos casi en un momento de duda, como cuando dice: "si los hombres fuesen todos buenos, estos preceptos no serían buenos". Y sentimos con qué profunda amargura enuncia las normas de la política con su intrínseca e ineludible necesidad.

Además tenemos que denunciar algo curioso: cuando se nombra a Maquiavelo, como por asociación de ideas, la respuesta inmediata es:

"El fin justifica los medios". Maquiavelo no ha enunciado esta máxima. No es de él, sino una libre interpretación de su pensamiento.

Analicemos algunos pasajes tomados —casi al azar— de sus escritos que pueden arrojar luz sobre el uso de la palabra "fin" (italiano: *fine*) en el lenguaje de nuestro autor.

En "El Príncipe" y en el mismo capítulo décimo octavo ya mencionado encontramos: "De las acciones de los hombres, y más aún de los príncipes, ya que no existe un tribunal que los someta a reclamación judicial, se mira al fin". El texto italiano dice: *si guarda al fine*, entendiéndose, lógicamente, "fin" (o *fine*) como resultado final.

Es un concepto, o más bien una invitación a meditar, que Maquiavelo repite muchas veces, en las cartas, en los "Discursos" y en las "Historias Florentinas".

En los "Discursos" (Libro III, cap. 35): "Porque, ya que los hombres juzgan las cosas por el fin" (o sea por su resultado final).../15/.

Y también más adelante, en el mismo capítulo, dirá que todos los hombres son ciegos en este aspecto, pues juzgan los buenos y los malos consejos por el fin, o resultado final.

Es un severo juicio que más tarde recaerá sobre Florencia, "ciudad ávida de hablar y que juzga las cosas por los acontecimientos y no por los consejos"/16/.

Es innegable, sin embargo, que cuando Maquiavelo dice en el párrafo de "El Príncipe" ya analizado: *Si guarda al fine*, aquí y en otros lugares la palabra "fin" implica todo los varios matices de su significación y —como ha sido acertadamente observado— es casi una resonancia y traducción del proverbial "respice finem".

Pero insistimos en hacer notar que la posición de Maquiavelo es de una amarga ineludibilidad y de profunda y aguda crítica a la naturaleza humana, que alcanza a ser un claro reproche.

Después del párrafo ya recordado del capítulo décimo octavo de "El Príncipe", Maquiavelo sigue diciendo: "Se esfuerce pues el Príncipe por ganar y mantener el estado; y los medios serán juzgados siempre honrosos y los alabarán todos; porque el vulgo se deja guiar por las apariencias y sólo juzga por los acontecimientos; y como casi todo el mundo es vulgo, la opinión de los pocos que no forman parte de él no se tiene en cuenta".

Entonces, no sólo Maquiavelo no ha dicho que "el fin justifica los medios"; sino, partiendo de la observación de cómo están las cosas, deplora que los hombres sean hechos de tal manera que no sean capaces de juzgar sino por los resultados finales.

Cierto sí es que sus escritos están llenos de máximas, debidas a su aguda observación; tanto que se podría compilar una obra completa solamente con los lemas que han salido de su pluma.

Esas máximas tuyas son las que nos dejan perplejos, como cuando dice que los hombres no saben ser ni totalmente buenos, ni honradamente malos. (Notar la expresión: "honradamente malos")/17/.

O cuando afirma que la gente suele olvidar más prontamente la muerte de su padre, que la pérdida de sus haberes/18/.

El no tenía limitaciones cuando se trataba de decir verdades, así se refiriera a reyes, a Papas, a emperadores y a pueblos. También escribe con mucha espontaneidad; sin introducciones, sin adornos, sin rodeos. Tiene imágenes muy plásticas; es muy vivo siempre. Si debe usar una palabra fuerte, no lo piensa dos veces. El es así.

A este respecto, cabría preguntarse: siendo tan espontáneo Maquiavelo, como lo era, cómo se explican otros momentos de su personalidad y de sus actuaciones, que más bien serían el fruto de un control continuo? Por ejemplo, su actividad como diplomático.

En realidad, puede parecer algo extraño que Maquiavelo haya tenido funciones de ese tipo, él tan exuberante en sentimiento, tan impulsivo y temperamental; tan directo en su manera de hablar, tan poco discreto y siempre propenso a la crítica mordaz; tan amante de la broma, tan auténtico siempre.

Debemos pensar que su trabajo de Secretario de la República Florentina en Palacio, lo fue formando día por día, durante varios años.

Muchos hombres había conocido en este oficio, sobre todo políticos. Mucha correspondencia con otros estados había debido atender.

Su carácter, originalmente, no le permitía costreñir la palabra en forma siempre vigilante, dentro de ciertos límites; puede ser que inicialmente él no tuviera aquel sentido señorial o dominio de sí mismo; sin embargo la experiencia de muchos años lo han modificado; lo han avezado a aquella frialdad impenetrable, necesaria para quien tiene en sus manos, en las reuniones internacionales, la vida y el destino de los pueblos.

Era un hábito adquirido; el mismo que sentimos en la parte que se considera científica de "El Príncipe"; pero que a veces, muchas veces, dejaba entrever otras diferentes reacciones.

El hecho de haber conocido directamente varios países y naciones de Europa, le brindó un material precioso de experiencia, que él virtió en sus grandes cuadros de conjunto del momento contemporáneo. Esto le venía también de su constante utilización del material histórico que constituía sus lecturas preferidas y la razón continua de meditación. Por eso mismo él tuvo la facultad de descubrir, en poderosas líneas de perspectiva, tanto hacia el pasado como hacia el futuro, la clave de interpretación de los acontecimientos históricos.

Aún siendo tan florentino y tan italiano, Maquiavelo se siente natural y hondamente ligado a la vida de Europa y no le escapan problemas de naciones algo apartadas, como el de la Grecia de entonces, bajo el dominio de los Turcos.

Donde esté, él siempre vive informado, en una época en que las comunicaciones eran casi nulas.

Gran humanista, no solo fue hijo de su época, sino hacedor del Renacimiento, cuyo sentido él precisa en sus escritos; sin dejar de ver, en ese proceder de la imitación de las artes antiguas, cuáles eran las limitaciones y cuáles debían ser los progresos. Indicaba que no se podía dar un paso adelante sin acción y sin trabajo. Por esto mismo, sin duda alguna, Maquiavelo es el hombre que abre la época moderna.

En una de sus páginas más famosas, donde anuncia que seguirá un método de investigación del todo nuevo y no exento de peligro, como quien va en busca de aguas y tierras desconocidas, alcanzamos a sentir el eco de las maravillosas navegaciones y descubrimientos geográficos de esos años/19/.

Y en medio de tanta grandeza, inspira confianza y simpatía. Serán sus defectos que lo acercan al hombre común.

El no es preciso; muchas veces cita de memoria con inexactitudes y deja sin revisar. No se preocupa del detalle; no es perfeccionista. Se guía por las grandes líneas. No se preocupa tampoco de lo que pueden pensar de él y dice explícitamente que él siempre ha obrado "*sanza rispetto*", sin consideración alguna, cuando ha creído que fuera por el bien común.

Le gustaba ostentar más bien los defectos que las buenas cualidades y recibía con sencillez los afables regaños de sus amigos.

El fiel Buonaccorsi le escribió una vez en una carta: "Es tan grande vuestra constancia, que en menos de una hora cambiáis de propósito"/20/.

Como casi todos los grandes autores, en su extensa producción ha tratado todos los temas y ha consignado su posición frente a los varios aspectos de la vida. Si queremos hacerle alguna pregunta, en sus textos encontramos la respuesta.

Podríamos preguntarle, por ejemplo, qué cosa piensa de la religión cristiana. He aquí su opinión.

Dice que los hombres de la Edad Media no han interpretado correctamente nuestra religión, porque han hecho punto esencial de ella el ocio, o sea, la contemplación y no el "valor".

Y agrega: "Si nuestra religión pide que tengamos fortaleza quiere que seamos aptos para padecer más que para realizar una cosa fuerte. Parece que esta manera de vivir ha vuelto el mundo débil y lo ha entregado a los hombres criminales, quienes lo pueden manejar a sus anchas, viendo que la totalidad de los hombres, para ir al Cielo, piensa más en soportar los atropellos que en vengarlos"/21/.

Otra pregunta para dirigir a Maquiavelo podría ser: Qué cosa piensa de la educación.

El tenía una gran fe en la educación, sea física, sea moral. No obstante ser muy pesimista acerca de la naturaleza humana, sin embargo demuestra un gran optimismo en las posibilidades del hombre mismo para reformarse. Para Maquiavelo el fruto de una buena educación es que el individuo no se vuelva insolente en la buena fortuna y no se sienta aplastado en las adversidades.

Y cuál era finalmente el ideal de la vida de Maquiavelo?

El tenía, como se percibe ampliamente, una concepción heroica de la vida. Al final de su libro "El Arte de la Guerra", encontramos este párrafo: "Honrar y premiar las virtudes; no menospreciar la pobreza... obligar a los ciudadanos a amarse mutuamente, a vivir sin sectarismo, a estimar menos lo que es del particular, que lo que es público".

De todo esto se desprende que Maquiavelo tenía una sólida base moral, sobre la cual rigió toda su vida.

El teórico del éxito personal, luchó por muchos años contra la desventura; las normas de lo útil, no las hizo valer para sí.

Si la constante humana es el binomio: amor-dolor, Maquiavelo también está dimensionado en él.

Amó muchísimo, el fluir de la vida colectiva; la patria. Sufrió también mucho, lo hemos visto. Pero, como hombre fuerte, tuvo el cuidado de no mostrarle al destino la cara mojada en llanto. (Esta es una expresión suya).

A veces manifiesta su inconformidad por su mala suerte; pero igualmente da la impresión de la persona que vive contenta en compañía de sí misma, con su permanente vinculación con la realidad, con su ojo atento, escudriñador, especulativo y penetrante.

Da la impresión de que todo lo que cae bajo su experiencia le interesa y en cada momento y en cada situación quiere sentirse todo presente, arrancándole el secreto a lo que se llama vivir, pues todo, aún las desventuras son parte de la vida y son buenos momentos para medir lo que somos.

1. "Lettere familiari" LVII del 25-XII-1503. Ed. Alvisi - Florencia, 1883.
2. Entiéndase Biagio Buonaccorsi, un compañero de trabajo, el más amigo. XXIX *op. cit.*
3. "Lettere familiari" XXIX del 23-X-1503. *op. cit.*
4. "Lettere familiari" CXX *op. cit.*

5. "Istorie Fiorentine" en "Opere di N. Machiavelli" (a cura di Ezio Raimondi) pág. 743 y sgg. Ud. Ugo Mursia. Milán, 1966.
6. "Lettere familiari". *op. cit.*, grupo de cartas a F. Vettori.
7. Carta a F. Vettori del 9 de abril de 1513. "Opere di N. Machiavelli" *op. cit.*, pág. 15 y 16.
8. Edmond Barincou "Machiavel par lui meme", pág. 188. "Ecrivains de toujours". Editions du seuil. París, 1957.
9. Carta a Francesco Vettori del 10 de diciembre de 1513. La más famosa de las cartas familiares de Maquiavelo.
10. En efecto Maquiavelo fue secretario de la segunda Cancillería del 28 de mayo de 1548 al 7 de noviembre de 1512.
11. El subrayado es nuestro.
12. Carta del 10 de agosto de 1513 (CXXXI) *op. cit.*
13. Carta del 26 de Agosto de 1513 (CXXXIV) *op. cit.*
14. Francesco Ercole, "Da Carlo VIII a Carlo V". Vallecchi, Firenze 1932. Friedrich Miencke, "L'idea della ragion di stato nella storia moderna". Firenze, 1942. Luigi Russo, "Machiavelli" Ed. Laterza. Firenze, 1966. Federico Chabot, "Scritti su Machiavelli". Giulio Einaudi Ed. Torino, 1964. Roberto Ridolfi, "Vita di Machiavelli" Roma, 1954.
15. Maquiavelo dice: *Perché, giudicando gli uomini dal fine...*
16. "Istorie Fiorentine" VIII, cap. 32. El texto original dice: "città di parlare avida e che le cose dai successi e non dai consigli guidica".
17. "Discursos" I, 27.
18. "El Príncipe" XVII.
19. "Discursos". Libro I. Proemio.
20. Carta del 18 de noviembre de 1502. *op. cit.*
21. "Discursos". Libro II - cap. 2.